

Pero, desde la noche siguiente, reapareció el insomnio agitado. Ni Pascual ni Clotilde se contaban sus respectivas penas, y entre las tinieblas de la triste alcoba permanecían horas enteras arrimados, careados, fingiendo dormir, pensando ambos en la situación que se agravaba. Olvidábase cada cual de su propia angustia, y temblaba por el otro. Había sido preciso recurrir á contraer deudas; Martina tomaba al fiado el pan, el vino, un poco de carne; por supuesto, llena de vergüenza, obligada á mentir y á hacerlo con prudencia suma, puesto que nadie ignoraba la ruina de la casa. Habíasele ocurrido al doctor la idea de hipotecar la Souleiade, sólo que era el último recurso; no tenía sino aquella propiedad, tasada en unos veinte mil francos, y por la cual acaso no obtendría quince mil si la vendiese; después comenzaría la más negra miseria, ir á parar al arro-

yo de la calle, sin tener ni una piedra donde reclinar la cabeza. Por eso le suplicaba Clotilde que aguardase, que no se comprometiese á ningún trato cerrado mientras las cosas no llegaran á la última extremidad.

Transcurrieron tres ó cuatro días. Entraba el mes de Setiembre, y, por desgracia, echábase á perder el tiempo. Hubo terribles tempestades que asolaron la comarca; se vino al suelo una tapia de la Souleiade, y faltaron recursos para alzarla de nuevo; derrumbamiento formal que dejó abierta una brecha enorme. Desvergonzábase ya el panadero. Después, una mañana en que la vieja criada volvía con los elementos para poner el puchero á la lumbre, lloró y dijo que el carnicero sólo la entregaba piltrafas y desperdicios. Pasados unos días más, iba á ser imposible vivir á crédito. No había otro remedio sino ingeniárselas y buscar recursos con que hacer frente al menudo gasto diario.

Un lunes, como empezase otra semana de tormentos, Clotilde estuvo agitadísima toda la mañana. Parecía presa de interna lucha; y no debió de tomar una resolución sino al ver que, en el almuerzo, Pascual rehusó su parte de un poco de carne de vaca sobrante.

Y muy serena, resuelta y erguida, salió luego con Martina, después de haber metido apaciblemente en la cesta de la criada un paquetito "de trapos que iba á dar", según dijo.

Cuando regresó, dos horas más tarde, estaba pálida; pero sus grandes ojos, tan puros y francos, irradiaban alegría. Acercóse en seguida al doctor, le miró cara á cara y se confesó.

—Tengo que pedirte perdón, dueño mío, porque acabo de desobedecerte, y de seguro que te voy á ocasionar una rabieta atroz.

No comprendiéndola, se puso intranquilo.

—¿Pues qué has hecho?

Despacio, sin apartar los ojos de él, sacó del bolsillo un sobre, del cual extrajo unos billetes de Banco.

Brusca adivinación rasgó la venda, y gritó Pascual:

—¡Ay Dios mío, las alhajas, todos los regalos!

Y siendo tan bueno y tan dulce por hábito, hervía en dolorosa cólera. La agarró ambas manos, las apretó, casi martirizándola de un modo brutal, magullándola los dedos que sostenían los billetes.

—¡Dios mío! ¡Qué has hecho, infeliz!... ¡Mi

corazón entero es lo que has vendido! ¡Todo nuestro corazón, incrustado en esas joyas, y que has ido á entregar con ellas, por dinero!... Joyas que yo te había dado, recuerdos de nuestras horas más divinas, tus únicos bienes, sólo tuyos, ¿cómo quieres que yo los recoja y me aproveche de ellos? ¿Es posible? ¿Has pensado en el tremendo dolor que eso me causaría?

Dulcemente respondió ella:

—Y tú, dueño mío, ¿piensas que podía yo dejar que permaneciésemos en la triste situación en que estamos, faltos de pan, teniendo ahí esas sortijas, esos collares, esos zarcillos que dormían en el fondo de un cajón? Todo mi ser se indignaba; me hubiese creído avara, egoísta, si por más tiempo los hubiese conservado... Y si he tenido pesar al separarme de ellos (¡oh, sí! una pena tan grande, que á poco me faltan ánimos para hacerlo), segurísima estoy de no haber hecho sino lo debido, como mujer que te obedece siempre y que te adora.

Luego, como él no la soltase las manos, brotaron lágrimas de sus ojos, y añadió con la misma dulce voz y con débil sonrisa:

—Aprieta un poco menos fuerte, me haces mucho daño.

BIBLIOTECA ALFONSO LINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
R. A. N. T. I.

Entonces lloró también él, sumiéndose en un abismo de profunda ternura.

—Soy un bruto, al enfadarme así... Has obrado bien, y no podías obrar de otro modo. Pero, perdóname: ha sido para mí tan duro el verte privada... Dame las manos, tus pobres manos, para que yo te las cure.

La cogió otra vez las manos, con delicadeza, y se las cubrió de besos; hallábalas inestimables, así, desnudas, tan finas, despojadas de anillos. Entonces, aliviada y alegre, le contó su escapatoria, cómo había puesto á Martina en el secreto y las dos habían ido á casa de la corredora, aquella que vendió el corpiño de encajes antiguos de punto de Alençon. A la postre, tras un reconocimiento y un regateo interminables, la mujer había dado seis mil francos por todas las alhajas. De nuevo reprimió un ademán de desesperación: ¡seis mil francos! Cuando esas joyas habíale costado á él más del triple, veinte mil francos lo menos.

—Escucha,—acabó por decir él;—tomo este dinero, puesto que tu buen corazón es quien lo trae. Pero quedamos en que es tuyo, Te juro ser á mi vez más avaro que Martina; no la daré sino los pocos cuartos indispensables para nuestra manutención; y vol-

verás á encontrar en la cómoda todo el resto de la cantidad, dando por supuesto que no pueda yo ni aun completarla nunca y devolvértela entera.

Se había sentado y la tenía encima de las rodillas, con un tembloroso abrazo aún de emoción. Luego, bajando la voz, la dijo al oído:

—¿Y lo has vendido todo, absolutamente todo?

Sin hablar, desprendióse ella un poco, y se registró con la punta de los dedos el descote, con su lindo ademán. Sonreíase ruborosa. Por fin, sacó la cadenilla donde lucían las siete perlas, como estrellas lactescentes; y pareció que sacaba un poco de su desnudez íntima, y que todo el aroma vivo de su cuerpo trascendía desde aquella única joya, guardada junto á la piel, en el más recóndito misterio de su persona. En seguida la volvió á ocultar, haciendo que desapareciese.

Encendido él también, notó en el corazón un vuelco de júbilo. Y la besó frenéticamente.

—¡Ah! ¡Qué nobilísima eres y cuánto te amo!

Pero desde aquella tarde quedó como un

peso en su espíritu el recuerdo de las alhajas vendidas; y no podía ver el dinero, dentro del cajón de la cómoda, sin sufrir. Lo que le oprimía era la pobreza próxima, la pobreza inevitable; era un apuro aún más angustioso, el pensar en su edad, en sus sesenta años que le hacían inútil, incapaz de ganar lo necesario para la vida feliz de una mujer; era un despertar completo á la realidad intranquilizadora, en medio de su engañoso ensueño de un amor sin fin. Caía bruscamente en la miseria, y sentíase muy viejo, lo cual le helaba, le henchía de una especie de remordimiento, de ira desesperada contra sí propio, cual si para lo sucesivo tuviese una mala acción en su vida.

Después se hizo la luz en su alma, con claridad tremenda. Una mañana, hallándose á solas, recibió una carta sellada en el mismo Plassans, y examinó el sobre, sorprendiéndole no conocer la letra. Aquella carta no tenía firma; y desde las primeras líneas hizo un gesto de cólera, disponiéndose á rasgarla; pero se había sentado tembloroso, y la leyó de cabo á rabo. Por supuesto, el estilo era perfectamente delicado; las largas frases desarrollábanse llenas de prudencia y miramientos, como frases de diplomático,

sin más fin que el de convencer. Con verdadero lujo de buenas razones, se le demostraba que harto había durado el escándalo de la Souleiate. Si la pasión explicaba hasta cierto punto la falta, un hombre de su edad y en su situación estaba en vías de hacerse despreciable en absoluto, empeñándose en consumir la desventura de la joven pariente de quien abusaba. Todo el mundo sabía el imperio que sobre ella había logrado, y admitíase que ella tuviese como glorioso el sacrificarse. Pero ¿no le tocaba á él comprender que la muchacha no podía amar á un viejo, que sólo conmiseración y gratitud sentiría, y que ya era tiempo y retiempos de que la libertarse de esos amores seniles, de que saldría deshonrada, desprestigiada, sin ser esposa ni madre? Puesto que ni siquiera había de legarla ya una fortuna, esperábase que daría pruebas de ser hombre honrado, hallando fuerzas para separarse de ella, con el fin de asegurar su dicha, si aún era tiempo. Y la carta terminaba con este pensamiento: que la mala conducta tarde ó temprano encuentra condigno castigo.

Desde las primeras frases comprendió Pascual que aquel anónimo procedía de su

BIBLIOTECA ALFONSO SIVA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
P A S S A N S

madre. Había debido de dictarlo la anciana señora de Rougon; hasta las inflexiones de su voz oía en él. Pero después de haber comenzado su lectura en un raptó de ira, la acabó pálido y tembloroso, presa de ese escalofrío que en adelante había de sufrir tantas veces. La carta tenía razón, le ilustraba acerca de su malestar, le hacía ver que su remordimiento era ser viejo, ser pobre y conservar, sin embargo, á Clotilde junto á sí. Levantóse, púsose delante de un espejo, y permaneció allí largo tiempo, con los ojos lentamente anublados por el llanto, deseperado de sus arrugas y de su barba blanca. El frío glacial que le helaba era la idea de que ahora iba á hacerse necesaria, fatal, inevitable la separación. La rechazaba, no le era posible imaginarse que algún día la aceptase; pero renacería á despecho de todo; ya no viviría un minuto sin que le asaltara, sin verse desgarrado por aquel combate entre su amor y su razón, hasta la noche terrible en que se resignase, exhausto de sangre y lágrimas. En su cobardía actual, temblaba solamente con pensar en que más tarde tendría tan cruel valor. Era asunto concluido; comenzaba lo irreparable; sentía miedo por Clotilde, tan joven, tan hermosa;

y no le quedaba más que el deber de salvarla de sí mismo.

Entonces, acosado por las argucias, por las frases del anónimo, empeñóse en querer persuadirse de que ella no le amaba, de que sólo sentía por él conmiseración y gratitud. Si estuviese convencido de que ella se sacrificaba, eso le hubiera facilitado la ruptura, al menos así lo creía, y reteniéndola por más tiempo, pensaba que satisfacía su monstruoso egoísmo. Pero por más que hizo para estudiarla, sometiéndola á pruebas, la encontró siempre tan tierna, tan apasionada entre sus brazos. Dejábale enloquecido tal resultado, que se volvía contra el temido desenlace, haciéndosele más amable aún la muchacha. Se esforzó en probarse á sí mismo la necesidad de la separación, y examinó los motivos de ésta. La vida que estaban llevando desde meses atrás, aquella vida sin vínculos ni deberes, sin trabajo de ninguna clase, era mala. El no se creía útil sino para ir á descansar debajo de tierra en un rincón; mas para ella, ¿cómo admitir existencia tan lastimosa, de la cual saldría indolente y echada á perder, incapaz de tener voluntad? La estaba pervirtiendo; la transformaba en ídolo amoroso, en medio de las rechiflas del es-

cándalo. Después, de pronto, veíase muerto, y percibía que la dejaba sola, en el arroyo, sin nada, escarnecida y muerta de hambre. Nadie la recogía; vagaba por las calles, sin esperanza de marido ni de hijos. ¡No! ¡No! Eso sería un crimen; por los pocos días que aún pudieran quedarle á él de ventura, no iba á legarla semejante herencia de miseria y de oprobio.

Una mañana que Clotilde había salido sola á una corta diligencia, regresó trastornada, pálida y temblorosa. Y en cuanto estuvo arriba, en su cuarto, cayó casi desvanecida en brazos de Pascual, tartamudeando palabras sin ilación.

—¡Ah, Dios mío!... ¡Ah, Dios mío!... Esas mujeres...

Asustado él, acosábala á preguntas.

—¡Vamos! ¡Respóndeme! ¿Qué te ha sucedido?

Entonces una oleada de sangre la puso encendida como la grana. Le abrazó, y escondió la cara, apoyándola en el hombro de él.

—Es que esas mujeres... Al pasar á la sombra, cuando cerré la sombrilla, tuve la desgracia de hacer caer á un niño... Y todas se han vuelto contra mí, y me han gritado unas cosas... ¡oh, qué cosas!... ¡Que yo nunca

tendría hijos!... ¡Que las criaturas de mi ralea no hacen hijos!... ¡Y otros horrores, Dios mío; otros horrores que no puedo repetir, que no he comprendido!

Gemía ella, y él estaba lívido, sin encontrar nada que decirle, aun cuando la besaba frenético, llorando como ella. Reconstruía la escena; la veía perseguida, manchada con palabrotas. Luego tartamudeó:

—Por culpa mía, por mí sufres tú... Oye; nos iremos de aquí, lejos, muy lejos, á cualquier parte donde no nos conozcan, donde te saluden, donde seas feliz.

Pero Clotilde, al verle llorar, se puso de pie haciendo un esfuerzo, y dominó enérgicamente las lágrimas propias.

—¡Ah, es una cobardía lo que acabo de hacer! ¡Yo, que tanto me había prometido no decirte nada! Y luego, al verme en casa, tal ha sido el arrebato, que todo me ha salido del corazón... Ya ves, se acabó, no te apesadumbres... Te amo...

El sonreía; de nuevo le estrechaba entre sus brazos y dábale besos, cual un desesperado cuyo sufrimiento se adormece.

—¡Te amo; y te amo tanto que eso me consolaría de todo! ¡No hay nada más que tú en el mundo para mí! ¿Qué importa lo

que no eres tú? ¡Eres tan bueno, me haces tan feliz!

Mas como él seguía llorando, ella se puso otra vez á llorar, y por largo tiempo hubo allí una tristeza infinita, una angustia en que se mezclaban sus besos y sus lágrimas.

Cuando Pascual se quedó solo, túvose por odioso. No podía seguir siendo causante de la desdicha de la criatura á quien adoraba. Y en la tarde de aquel mismo día ocurrió un suceso que por fin le trajo el desenlace buscado hasta entonces con terror de encontrarlo. Después de comer, Martina le llamó aparte con gran misterio.

—La señora Felicidad, á quien he visto, me ha encargado que le entregue esta carta, señor; y tengo comisión de decirle que ella misma se la hubiera traído á V., si su buena reputación no la impidiese volver aquí... Le suplica que le devuelva V. la carta del señor Máximo, dándole á conocer además la respuesta de la señorita.

En efecto, era una carta de Máximo. Satisfecha de haberla recibido, Felicidad hacía uso de ella como de un medio activo, después de haber esperado en vano que la miseria le entregase á su hijo. Puesto que ni Pascual ni Clotilde acudían á ella en demanda de

ayuda y de socorro, cambiaba otra vez de plan, volvía á su antigua idea de separarlos; y aquella vez pareciale decisiva la ocasión. La carta de Máximo era apremiante; se la dirigía á su abuela, para que ésta abogase por él ante su hermana. Habíase declarado la ataxia, ya no andaba sino del brazo de un criado. Pero, sobre todo, deploraba una falta grave: habíase introducido en su casa una linda muchacha morena, de la cual no había sabido abstenerse, hasta el punto de dejar entre sus brazos el resto de la medula espinal. Y lo peor es que ahora tenía la certeza de que aquella devoradora de hombres era un discreto regalo de su padre. Saccard se la había enviado diestramente para apresurar la herencia. Por eso, después de expulsarla, Máximo se había encerrado á piedra y lodo en su palacete, poniendo él mismo á su padre en la puerta, y temblando verle el día menos pensado colarse de rondón por la ventana. Por otra parte, espantábale la soledad y reclamaba á su hermana desesperadamente; quería emplearla como baluarte contra esas odiosas acometidas, como mujer dulce y recta que le cuidase. La carta daba á entender que si se conducía bien con él, no tendría por qué arrepentirse; y terminaba

recordando á la joven la promesa hecha, cuando su viaje á Plassans, de reunirse con él si algún día la necesitase realmente.

Pascual se quedó yerto. Releyó las cuatro carillas. Aquello era la separación, que venía á ofrecérseles, aceptable para él, afortunada para Clotilde, tan cómoda y tan natural, que debiera adoptarse en seguida; y, á pesar de los esfuerzos de su razón, sentíase tan poco firme, tan irresoluto aún, que, temblándole las piernas, hubo de sentarse un momento. Pero quería ser heroico: se calmó, llamó á su compañera.

—Toma y lee esta carta que la abuela me envía.

Clotilde leyó con atención la carta hasta el final, sin decir palabra, sin hacer movimiento. Luego, dijo á secas:

—¡Bien! Vas á contestar, ¿no es así?... Me niego.

Tuvo Pascual que dominarse para no prorumpir en un grito de júbilo. Cual si otro yo hubiese tomado en él mismo la palabra, se creyó en el caso de decir cuerdamente:

—Te niegas, y eso no es posible... Hay que pensarlo; dejemos para mañana la respuesta, y hablaremos, ¿quieres?

Pero Clotilde se asombró, se exaltó.

—¡Separarnos! ¿Y por qué? ¿De veras consentirás en ello?... ¡Qué locura! Nos amamos, y nos habíamos de separar, ¡y me iba yo á ir allá, donde nadie me quiere!... ¡Vamos! ¿Lo has pensado bien? ¡Sería estúpido!

El evitó seguirla á ese terreno; habló de promesas hechas, del deber.

—Acuérdate, querida mía, de lo emocionada que te pusiste cuando te advertí que Máximo estaba amenazado de parálisis. ¡Ahí le tienes hoy abatido por la enfermedad, inválido, solo, llamándote á su lado!... No puedes dejarle en tal situación. Trátase de un deber que cumplir.

—¡Un deber! ¿Tengo deberes para con un hermano que nunca se ocupó de mí? Mi único deber está donde está mi corazón.

—Pero has prometido. Yo he prometido por ti, he dicho que serías razonable... No vas á dejarme por embustero.

—Tú sí que no eres razonable. Lo insensato es separarse, cuando uno y otro nos moriríamos de pena.

Y con un mohín de enfado cortó é hizo imposible con violencia toda discusión.

—Por supuesto, ¿á qué viene discutir?... No hay nada más sencillo; se explica con una palabra. ¿Es que quieres echarme de tu lado?

Pascual dió un grito.

—¡Yo despacharte, santo Dios!

—Pues entonces, si tú no me echas de aquí, me quedo.

Ahora se reía ella. Corrió á la mesa de escribir, puso con lápiz rojo, cruzando la carta de su hermano, estas dos palabras "Me niego", y llamó á Martina, empeñándose en absoluto en que volviese á llevar la carta, bajo sobre. También él se reía, anegado en tal felicidad, que la dejó hacer lo que quiso. El gozo de conservarla arrebatábale hasta la razón.

Pero aquella misma noche, cuando estuvo dormida, ¡qué remordimiento le entró de haber sido un cobarde! Una vez más acababa de transigir por necesidad de ventura, por voluptuosidad de volver á encontrarla cada noche, abrazada á él, tan fina y tan suave dentro de la camisa larga, embalsamándole con su fresco olor de juventud. Cuando ella se fuese, nunca volvería á amar; y de lo que se quejaba á gritos su ser, era de la extracción violenta de la mujer y del amor. Acometíanle sudores de agonía, al imaginársela distante y verse solo, sin ella, sin todo lo acariciado y sutil que transmitía al aire que respiraba; sin su aliento, su gen-

til hechizo, su rectitud valerosa, aquella querida presencia física y moral, necesaria ahora para su vida como la misma luz del sol. Debía separarse de ella, y era preciso que hallase fuerzas para aceptar la muerte. Sin despertarla, sosteniéndola dormida sobre su corazón, con el pecho levantado por un tenue alentar de niña, despreciábase á sí mismo por su escaso valor, y juzgaba la situación con terrible lucidez. Asunto concluido: allá lejos la esperaba una existencia respetada y una fortuna; él no podía llevar su egoísmo senil hasta el extremo de retenerla más tiempo en la miseria y bajo los denuestos del populacho. Y desfallecido al sentirla tan adorable entre sus brazos, tan confiada, como súbdita que se entrega á su viejo rey, hacía el juramento de ser fuerte, de no admitir el sacrificio de aquella criatura, de restituirla, á despecho de sí misma, la vida y la felicidad.

Desde entonces comenzó una lucha de abnegación. Pasaron algunos días; y tal maña desplegó para hacerla comprender la dureza de su "Me niego", puesto en la carta de Máximo, que escribió á su abuela extensamente para motivar la negativa. Pero persistía en no querer abandonar la Souleiaide. Como él

hubiese caído en gran avaricia, con el propósito de descantillar lo menos posible el dinero de las alhajas, ella, por su parte, escatimaba más aún y comía pan seco, con francas risas. Una mañana el doctor la sorprendió dando consejos de ahorro á Martina. Diez veces al día mirábale ella fijamente, se arrojaba á su cuello, se lo comía á besos, para combatir aquella tremenda idea de la separación, que veía sin cesar en sus ojos. Luego halló otro argumento para no irse. Una tarde, después de comer, le acometieron palpitaciones á Pascual y estuvo á punto de tener un síncope, lo cual le produjo extrañeza; jamás había padecido del corazón, y creyó sencillamente que remanecían sus trastornos nerviosos. Desde los delirios amorosos, sentíase menos firme, con la singular sensación de que se hubiese roto dentro de él alguna cosa delicada y profunda. Al punto Clotilde se inquietó, se desasosegó. Lo que es ahora, á ver cómo se atrevía á hablarla de irse. Cuando se quiere á las personas y están enfermas, se permanece junto á ellas, se las cuida.

Así, el combate llegó á ser de todos los momentos. Era un continuo asalto de ternura, de olvido de sí mismo, sin más necesi-

dad que la dicha ajena. Pero si la emoción de verla bondadosa y amante hacía más atroz para Pascual la necesidad de que Clotilde se fuese, no dejaba de comprender que esta necesidad imponíase cada día más y más. Era ya formal, para en adelante, la determinación. Sólo que, en el último trance, se encontraba temblando, incierto ante los medios de decidirla. Evocaba la escena de desesperación y lágrimas. ¿Qué iba á hacer? ¿Qué iba á decirle? ¿Cómo llegarían los dos á abrazarse por la vez postrera y á no verse ya nunca jamás? Y pasaban días, sin que él encontrase arbitrio; y volvía á tratarse de cobarde todas las noches cuando, apagada la vela, le cogía ella entre sus frescos brazos, feliz y triunfadora al vencerle de aquel modo.

A menudo bromeaba Clotilde, con sus puntas y ribetes de tierna malicia.

—Dueño mío, eres muy bueno y no me echarás.

La alusión le incomodaba, y agitábase entristecido.

—¡No, no! ¡No hables de mi bondad!... Si fuese verdaderamente bueno, tiempo hace que estarías ya allí, con comodidades y respetada, con todo un porvenir de venturosa

y tranquila vida por delante, en vez de obstinarte, insultada, pobre y sin esperanza, en ser aquí la triste compañera de un viejo loco de mi calaña... ¡No! ¡Yo no soy más que un cobarde y un malvado!

Haciale callar ella prontamente. Y acertaba: era su bondad lo que chorreaba sangre; la inmensa bondad que debía á su amor á la vida, era lo que derramaba sobre las cosas y los seres, siempre anhelando la felicidad de todos. Ser bueno, ¿no era quererla, hacerla feliz á expensas de la ventura propia? Pero como los míseros resueltos á suicidarse, acechaba la ocasión, el momento y el medio de concluir.

Una mañana que se levantó á las siete, quedóse Clotilde absorta, al entrar en la sala, encontrándole sentado detrás de la mesa de escritorio. Desde muchas semanas antes, no había abierto un libro, ni cogido una pluma.

— ¡Anda! ¿Estás trabajando?

Sin levantar la cabeza, respondió con aire ensimismado:

— Sí; en este árbol genealógico, que ni siquiera he puesto al corriente.

Durante algunos minutos, Clotilde se mantuvo en pie detrás de él, viéndole escribir.

Completaba las noticias acerca de mamá Dida, del tío Macquart y de Carlitos; inscribía sus defunciones, ponía las fechas. Luego, como él no se moviese, aparentando ignorar que estaba ella allí en espera de los besos y las risas de otras mañanas, Clotilde llegóse hasta la ventana y regresó sin saber qué hacer.

— ¿Con que va de veras? ¿trabajas?

— Cierto; ya ves que hubiese debido anotar estos fallecimientos desde el mes pasado.

Ella le miró con fijeza, con el aire de continua interrogación con que solía registrar los ojos del dueño.

— Bueno. ¡Trabajemos!... Si tienes indagaciones que pueda hacer yo, notas que copiar, dámelas.

Y desde ese día, Pascual aparentó entregarse por completo al trabajo. Adviértase que una de sus teorías era que el reposo absoluto no vale nada, que nunca debe prescribirse á nadie, ni aun á los rendidos de trabajar. Un hombre no vive sino por el medio externo que le envuelve, y las sensaciones que recibe se transforman en él en movimiento, en ideas y en actos; de suerte que si persevera en reposo absoluto, si continúa recibiendo sensaciones sin devolverlas dige-

ridas y transformadas, se produce una indigestión, una pesadez, una inevitable pérdida de equilibrio. Siempre había experimentado que el trabajo era el mejor regulador de su existencia. Hasta las mañanas en que se encontraba indispuesto, poníase á trabajar y recobraba así su aplomo. Nunca se hallaba mejor que cuando desempeñaba su tarea, metódicamente trazada de antemano, de tantas páginas cada mañana, á las mismas horas; y comparaba esa tarea con el ir y venir del péndulo, que le sostenía firme en medio de las cotidianas miserias, de las debilidades y de los pasos en falso. Por eso acusaba á la pereza, á la ociosidad que venía llevando desde hacía algunas semanas, de ser la causa única de las palpitaciones que le asfixiaban á ratos. Si quería curarse, no tenía más que reanudar sus arduas tareas.

Pascual desarrollaba horas enteras esas teorías, explicándoselas á Clotilde con un entusiasmo febril, exagerado. Parecía vuelto á embargar por aquel amor á la ciencia, que hasta su brusca pasión por la niña fué lo único en que consumió su vida. Repetía que no podía dejar sin concluir su obra, y que ¡tenía tanto que hacer aún si quería erigir un monumento duradero! Apoderába-

se de él nuevamente la afición á los legajos: abría veinte veces diarias el gran estante, los bajaba de la tabla superior, seguía enriqueciéndolos. Transformábanse ya sus ideas acerca de la herencia; hubiese deseado revisar todo, refundirlo todo, extraer de la historia natural y social de su familia una vasta síntesis, un resumen de la humanidad entera, á grandes rasgos. Además, reincidía también en su tratamiento por medio de las inyecciones subcutáneas, para ampliarlo: confusa visión de una terapéutica nueva; teoría vaga y lejana, hija de sus convicciones y de su experiencia personal respecto á la favorable influencia dinámica del trabajo.

Lamentábase cada vez que se sentaba detrás de la mesa de escritorio:

—¡Cuántos años me hacen falta! ¡La vida es tan corta!

Todo paraba en hacer ver que ya no le era posible perder una hora más. Y cierta mañana levantó bruscamente la cabeza, y dijo á su compañera, que copiaba á su lado un manuscrito:

—Oye bien, Clotilde... Si yo me muriese... Ella protestó despavorida:

—¡Vaya una idea!

—Si me muero, oye bien... Cierras en se-